HISTORIA DE UN DRAMA

COMEDIA DRAMATICA EN TRES ACTOS Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

DON SALVADOR MORALES Y MARCEN.

ESTRENADA
con extraordinario aplauso en el Teatro Principal de Zaragoza
el dia 2 de Diciembre de 1881.



ZARAGOZA.
Imprenta y Librería de Julian Sanz.
1882

A LA PRENSA PERIÓDICA DE ZARAGOZA.

NOBLEZA OBLIGA.

El Autor.

Tambien quiero dejar aquí consignado mi reconocimiento al impresor D. Julian Sanz, quien realizando generosamente el espontàneo ofrecimiento que tuvo la bondad de hacerme la noche del estreno de la Historia de un drama, *ha costeado la presente edicion, poniendo en mis manos todos los ejemplares de la misma.*

Zaragoza 8 de Diciembre de 1881.

PERSONAJES.	ACTORES.
Javiera	Sra. Cirera.
Luisa	Srta. Bernal.
Fernando Monteblanco	Sr. Reig.
Marqués de Monterredondo.	» Altarriba.
Ricardo Rodél	» Galban.
Diego.	» Mas.
Baron del Tajo	» Cirera.

Dos caballeros y un criado que hablan.

La accion pasa en Madrid.

ACTO PRIMERO.

Gabinete amueblado con elegancia y riqueza. Dos puertas á cada lado de la escena y una en el fondo. Las de la derecha corresponden á las habitaciones de Javiera y Luisa. La primera de la izquierda al cuarto del Marqués; la segunda á los salones interiores é igual comunicacion aparenta tener la izquierda de la puerta del fondo. La derecha de èsta supone dar à la calle.—Derecha é izquierda, del actor.

ESCENA PRIMERA.

JAVIERA, LUISA, RICARDO Y DIEGO. (Sentados).

RICARDO. Es preciso convenir, de todas maneras, en que autores dramáticos de la reputacion é importancia de Fernando Monteblanco, escasean desgraciadamente. ¡Qué fantasía la suya! ¡qué lenguaje! ¡qué caractéres! que todo, en fin, tan acabado y correcto. El drama estrenado anteanoche ha puesto el sello á su indisputable gloria de poeta dramático.

LUISA. ¿Asistió V. á la representacion?

RICARDO. Yo no pierdo un estreno, señorita.
JAVIERA. ¿La ovacion sería magnífica?
RICARDO. ¡Indescriptible!
¿No conocen Vds. el argumento de la obra?
JAV. Y LSA. No.
RICARDO. Yo puedo satisfacer la curiosidad de ustedes, si así lo desean, pues además de haber asistido á las dos representaciones que ya se han dado, llevo constantemente en mi bolsillo un ejemplar del drama, que no me canso de leer y admirar.

El argumento es una fábula verosímil, sencilla é intencionada. Figúrense ustedes una viuda jóven, bella, discreta y una hija de esta señora llevando impresa toda la hermosura de diez y siete primaveras en el rostro, y concentrado en su corazon todo el fuego de diez y siete estíos. (Con aire jactancioso.) ¿Qué tal?
JAVIERA. (Sonriendo.) Adelante.
RICARDO. Completan el cuadro de los personajes en accion un hombre jóven, inteligente y gallardo, amante disputado por ambas señoras, un anciano frisando en los 70 años de edad, padre y abuelo de aquellas, y un jovenzuelo hinchado de fatuidad, ridículo desde los pies á la cabeza, insolente y estúpido en igual longitud, teniendo, además, por contera, la pretension de creerse invencible en las amorosas luchas. Puedo asegurar á Vds. que este personaje está delineado magistralmente: conozco el género, y soy, por lo tanto, autoridad infalible en la materia.
JAVIERA. (Riendo) Es V... graciosísimo Ricardo.
LUISA. (Ap.) ¡Pobrecillo! está haciendo su propio retrato.

RICARDO. Prosigo. La viuda y la doncella; esto es, la madre y la hija, aman con igual delirante pasion á un mismo hombre.

JAVIERA. (Con alguna turbacion.) Eso es inverosímil.

DIEGO. Esto dije yo, pero Ricardo sostiene que no es imposible.

JAVIERA. Tanto como imposible... no...

RICARDO. ¿Lo ves? Testimonio irrecusable es este. Viuda, jóven y bella como la protagonista del drama, es la que acaba de fallar en la contienda.

JAVIERA. ¿Quiere V. continuar?

RICARDO. A eso voy, y en la continuacion es en donde deseo escuchar la autorizada opinion de V.

RICARDO. Sucédense rápidamente unas cuantas escenas así cómicas como dramáticas hábilmente desarrolladas, y hétenos de repente con que el buen anciano toma bajo su proteccion á la nieta, colocándose resueltamente en frente de su hija, quien, á su vez, opónese enérgicamente á los paternales propósitos. Lo primero no tiene nada de estraño, porque como el mismo abuelo dice en uno de sus monólogos, «á los nietos se les ama doblemente porque son dos veces hijos.» Hasta aquí el acto primero.

Ahora apelo á la discrecion de V. acerca de un extremo que tiene el privilegio de ser todas las noches causa de acaloradas discusiones durante los entreactos del drama.

¿Cree V. que una mujer, en los últimos límites de la juventud, puede apasionarse con tanta vehemencia de un hombre, que hasta llegue á declararse rival de su hija, á quien este hombre ama, y á oponerse

resueltamente á esta amorosa correspondencia, la cual constituye la felicidad de la hija?

JAVIERA. La cuestion merece estudiarse; pues bien pudiera suceder que la oposicion de la madre no tuviese por principal fundamento la pasion que siente, sino... por ejemplo, los... defectos del hombre que solicita á su hija, por cuya felicidad debe velar constantemente.

RICARDO. En este particular no puede haber duda ninguna, pues el autor ha tenido especial cuidado de presentar á su héroe coronado con la aureola de todas las virtudes. Figúrese V. un escritor público, ilustrado, veráz, respetuoso, escelente y digno ciudadano, buen amigo y buen hijo que es la garantía de honrado esposo.

JAVIERA. (Con incredulidad.) ¿Y éste retrato estará tomado del natural?

RICARDO. Diré á V. lo que en todas partes se susurra. Que el autor se ha retratado á si mismo.

JAVIERA. Alguna virtud habia de faltarle.

DIEGO. Por eso dije yo que el héroe del drama no podia ser Fernando Monteblanco.

LUISA. Opino de igual manera que Diego.

ESCENA SEGUNDA.

DICHOS y el MARQUÉS saliendo de su cuarto.

RICARDO. (Viendo al Marqués.) A propósito: aquí está mi respetable amigo el Sr. Marqués, que vá á dar su voto en la cuestion.

MARQUÉS. ¿De qué se trata?

(Ricardo y Diego que se habrán levantado para saludar al Marqués vuelven á sentarse despues de éste.

JAVIERA. (Ap.) ¡Qué nécio!
LUISA. (Ap.) ¡Qué importuno!
RICARDO. Se trata del drama de Fernando.
MARQUÉS. Le oiremos esta noche. Mi hija y mi nieta no se atrevieron á presenciar el estreno, pero hoy aprovecharemos el turno de abono.
RICARDO. Quisiera conocer la opinion de V...
MARQUÉS. ¿Cómo voy á dar mi opinion acerca de una cosa que no conozco?
RICARDO. Es que yo le explicaré...
MARQUÉS. No quiero saber nada. Deseo ser sorprendido agradablemente y no sucederá así si V. me explica el argumento y desenlace de la obra.
RICARDO. Pero...
MARQUÉS. Nada, nada; no hablemos de eso.

(A los jóvenes.)

¿Han recibido Vds. la invitacion á la fiesta de mañana?
RICARDO. Si señor.
DIEGO. No faltaremos.
MARQUÉS. Así lo espero.
RICARDO. Las fiestas de esta casa, disfrutan el singular privilegio de reunir en delicada confianza y galante lazo, nada ménos que dos mundos: el mundo de la aristocracia y el mundo de la inteligencia.
MARQUÉS. Gran cosecha para *Asmodeo* y el *Lunático*.
RICARDO. Exacto. Aquí encontrarán uno y otro bellezas que admirar, teorías que discutir, y anécdotas y cuentecillos para matizar sus revistas.
MARQUÉS. (A su hija.) ¿Quéda alguna invitacion por hacer?
JAVIERA. Ninguna.

LUISA. (Reparando los bordados de su pañuelo.) Falta una.

JAVIERA. (Mirando á su hija.) Ah! si; la de Monteblanco.

MARQUÉS. Esa la haré yo personalmente. Tengo intencion de verle esta noche para darle la enhorabuena por su último triunfo y aprovecharé la ocasion.

(El Marqués, Javiera, Luisa y Diego pónense á hablar entre ellos.

RICARDO. (Contemplándolos y ap.) Cuadro completo. Solo falta en él la figura del imbécil mozalvete, para que los personajes del drama de Monteblanco sean copia exacta de este original. Pero ni eso. Ahí está Diego que es el tipo acabado de aquél otro tipo.

(Saca del bolsillo un ejemplar del drama y le hojea.

Exactísimo. Estamos en el final de la 2.ª escena del 1.er acto. Ahora no falta más que aparezca el protagonista y... *tableau.*

CRIADO. (Desde la puerta.) El Sr. D. Fernando Monteblanco.

RICARDO. ¡Magnífico! Ocupo mi butaca y prepárome á oir la tercera representacion del drama.

ESCENA TERCERA.

DICHOS Y FERNANDO.

MARQUÉS. (Saliendo al encuentro de éste.) Bien venido, mi querido Fernando: acepte V. mi cordialísima enhorabuena.

FERNANDO. Muchas gracias, señor Marqués. (A Javiera.) A los pies de V. señora. (A Luisa.) Señorita...

JAVIERA. Reciba mi felicitacion el renombrado autor dramático.

MARQUÉS. (A Luisa.) ¿Y tú que haces, niña, que no felicitas á Fernando?

LUISA. (Con alguna turbacion.) Perdona abuelito; estaba distraida. (A Fernando.) Felicito á V. de todas veras por su último triunfo.

RICARDO. (Ap. hojeando el ejemplar.) Ahora desaparece de la escena el personaje risible. Me llevaré á Diego.

(Alto.) Puesto que están Vds. dignísimamente acompañados, los dejo aunque con harto pesar. Cuando quieras, Diego.

DIEGO. Estoy á tus órdenes.

RICARDO. (A Javiera.) Señora...

JAVIERA. Hasta mañana.

RICARDO. (A Luisa.) Señorita... (En voz baja.) Es V. encantadora. Adios, señor Marqués. Adios, Monteblanco; hasta luego, que le veré á V. entre bastidores.

(Vánse Ricardo y Diego por el fondo.)

ESCENA CUARTA.

JAVIERA, LUISA, MARQUÉS, FERNANDO.

MARQUÉS. Es delicioso este monigote. Hé oido decir que en el último drama de V. hay un personaje que se le parece mucho.

FERNANDO. Será casualidad. He cojido un pollo al vuelo, y nada tendría de extraño que fuese este que está siempre volando de una parte á otra.

LUISA. Esta noche vamos al teatro.

JAVIERA. ¿Cuántos actos tiene el drama?

FERNANDO. Tres.

JAVIERA. ¿Y el desenlace es... inesperado?

FERNANDO. A mí me parece que no.

JAVIERA. ¿Y verosímil?

FERNANDO. Usted juzgará esta noche; rogándole,

desde ahora, me manifieste mañana su parecer, con toda franqueza.

MARQUÉS. Yo me propongo ser un severo Aristarco por lo mismo que le aprecio á V. en lo que vale.

FERNANDO. ¿Y V., Luisa, no tiene el propósito de hacerme alguna observacion?

LUISA. (Sonriendo.) Ya veremos.

MARQUÉS. Hablando, hablando, olvidábame de mi comision. (A Fernando.) Queda V. invitado al baile de mañana.

FERNANDO. Asistiré gustoso para tener la honra de felicitar á V. personalmente por su cumple-años.

MARQUÉS. Setenta, amigo mio, setenta. Esto se vá.

LUISA. No hables de eso, abuelito.

MARQUÉS. Si con callar pudiéramos evitarlo...

JAVIERA. ¿No cree V., Monteblanco, que papá representa ménos edad de la que tiene?

FERNANDO. Efectivamente.

MARQUÉS. Acepto el consejo de mi nietecita. No hablemos de eso.

JAVIERA. (A Fernando.) ¿Quiere V. ver como he preparado los salones? Usted es hombre de esquisito gusto y acaso encuentre algo que merezca modificarse.

FERNANDO. Estoy á las órdenes de V., señora; no para correjir, sino para aprender y admirar.

JAVIERA. Vamos.

(Javiera y su padre adelantan hácia la puerta que dá al salon seguidos de Fernando, mientras Luisa queda sin moverse del sitio que ocupaba.)

FERNANDO (Reparando en Luisa.) ¿Y esta señorita no viene?

(Acércase á ella rápidamente.)

(En voz baja.) ¿Qué tienes Luisa?

LUISA. (Tristemente.) No sé; pero las lágrimas acuden á mis ojos.

FERNANDO. (Con exaltacion.) Alma de mi alma; ¿si sabes que te amo con delirio, por qué lloras?

(Javiera manifestando gran ansiedad se acerca á Fernando y se apoya en su brazo.)

JAVIERA. (Bajo á Fernando.) Déjela V. Ya le contaré lo que mi hija tiene.

(Vánse por la puerta del salon, por la cual ya habrá salido el Marqués.)

ESCENA QUINTA.

LUISA.

¿Por qué esta incertidumbre que me atormenta? ¿Por qué estas dudas que turban mi dicha? ¿No acaba de hacerme Fernando nuevas protestas de su amor?

Más... si me ama, ¿cómo se aparta de mi lado á una simple indicacion de mamá? ¿Qué entiende él del ornato de los salones?

(Ligera pausa.)

Luego... ese Ricardo... ha venido con su importuna charla á desviar el curso de mis ideas, que, ¡eran tan risueñas entónces!

Me tiene enojada ese caballerito, y aseguro que me las pagará todas juntas.

(Ligera pausa.)

¡Y cuánto ha hablado y cuántas tonterías ha dicho!

¿Qué es lo que ha contado?

(En actitud de quien pretende recordar.)

Ah!... ya recuerdo. Ha hablado del drama de Fernando como de una obra extraordinaria. ¡Ya lo creo! Fernando no tiene rival. Con cuanto placer traigo á mi memoria la noche de la representacion de su última comedia. ¡Tres meses han pasado desde entónces!

Estaba él en un riconcito de nuestro palco y yo á su lado. Cuando el público, arrebatado de entusiasmo, aplaudía frenéticamente los hermosos pensamientos de su obra, decíame fijando sus ojos en los mios. «¿Oyes, Luisa, esos aplausos? Pues no suenan tan agradablemente en mis oidos como una sola de tus palabras. ¿Vés la luz de la gloria reflejando sobre mi frente? A tu amor la debo, y mi amor te la consagra.»

¡Qué hermosa noche aquella! La recordaré mientras viva.

(Pausa.)

Já! Já! Já! Já! ¡Qué tonterias ha dicho ese pobre Ricardo hablando del argumento del drama!

(En actitud preöcupada.)

Una madre y su hija enamoradas de un mismo hombre. Esto es imposible. Sin embargo... Es Fernando quien lo ha escrito, y Fernando no escribe á tontas ni á locas.

¡Y aún me preguntaba si pensaba hacerle alguna observacion! Pues me parece que esta circunstancia, merece, no una, sino muchas observaciones.

Ahora mismo voy á consultar con él

si es posible que una madre y su hija lleguen á ser rivales de amor.

(Al llegar á la puerta del fondo se detiene pensativa.)

Posible... ¿quién lo duda? Pero... ¡qué madre será esa!

(Váse.)

ESCENA SEXTA.

(Por la puerta opuesta á la que sale Luisa aparecen Javiera y Fernando apoyada aquélla en el brazo de éste. Javiera se sienta invitando á Fernando que hace lo mismo.)

JAVIERA, FERNANDO.

JAVIERA. ¿Creerá V., amigo mio, que estoy fatigada? ¡Ya se vé! Vá una poco á poco haciéndose vieja,

FERNANDO. (Con galantería.) Pues lo disimula V. perfectamente.

JAVIERA. (Sonriendo.) ¿De veras?

(Ligera pausa.)

Y... dígame V. Algo me han contado, no se quien, del argumento de su último drama; y... francamente, lo poco que conozco, de referencia, me parece de todo punto inverosímil.

FERNANDO. Si tuviese V. la bondad de indicarme en qué escena está esa inverosimilitud...

JAVIERA. No me refiero á una escena determinada, sino al conjunto. ¿Cómo puede V. afirmar y sostener que una madre sea rival de su hija? ¿No es esa la esencia del asunto?

FERNANDO. Exactamente.

JAVIERA. (Lentamente.) ¿Y el cuadro está tomado del natural?

FERNANDO. ¿Quién puede dudarlo? Crea V., señora, que el poeta no inventa; reproduce única-

mente. Luego... la fantasía más ó ménos exhuberante del artista, recarga ó abrillanta los colores, segun que hiere el asunto elejido no en la pupila investigadora, sino en las fibras de su alma.

JAVIERA. (Con entonacion dulce y bajando la voz.) Aquí..... para entre los dos. ¿Cree V., en conciencia, que una pobre madre colocada en semejantes circunstancias, merece censura y vituperio?

FERNANDO. Líbreme Dios de escribir lo que mi razon rechaza y mi corazon no siente.

JAVIERA. (Acentúando bastante sus palabras.) ¿Ha procurado V. comprender lo que és en la mujer esa pasion sublime, enloquecedora, que se llama amor? Si no lo ha hecho V. así, habrá escrito sin conocimiento de causa.

FERNANDO. (Con solemnidad.) Señora: el dia en que mi madre vendió su anillo nupcial, única joya querida que le restaba, para satisfacer mi pension de colegio, escribió con lágrimas de su alma estas palabras en mi corazon. «El más grande y sublime de los amores, es el amor de madre.»

JAVIERA. (Ap. y con emocion.) Me matan su desvío y su argumentacion inflexible.

FERNANDO. (Ap.) ¡Pobre Luisa y pobre corazon mio! ¡Perded toda esperanza!

JAVIERA. (Sonriendo.) Está bien. Las palabras de su virtuosa madre, han traido á mi memoria un asunto que ya habia olvidado y que no dudo ha de ser del agrado de V.

¿Sabe V. que tengo el proyecto de casar á Luisa?

FERNANDO. (Con marcada turbacion.) ¿Casar á Luisa?

JAVIERA. (Ap.) Se ha turbado. Se aman indudablemente.

FERNANDO. ¿Y ella... consiente?

JAVIERA. ¿Me cree V. capáz de sacrificar á mi hija? Pronto ha olvidado V. que el más sublime de los amores es el amor de madre.

FERNANDO. (Repuesto de su emocion.) ¿Podré saber, sin pecar de indiscreto, quién vá á ser el afortunado marido?

JAVIERA. Un hombre rico y...

FERNANDO. (Con ironía.) Suprima V. las demás virtudes. ¡Un hombre rico! ¡Ahí es nada! (Con reprimido sentimiento.) Tentado estoy de creer que mi virtuosa madre se equivocó de medio á medio, y que debia haberme enseñado que el más grande y santo de los amores es el amor al oro.

JAVIERA. (Ap.) ¡Cuánto sufre! (Alto.) Segura estoy de que aprobaría V. mi proyecto solamente conociendo el nombre de...

FERNANDO. Me basta para ello el saber que es del agrado de V. y de... Luisa. (Levantándose.) ¿Tiene V. alguna cosa que mandarme?

JAVIERA. ¿Tan pronto se marcha V.?

FERNANDO. Asuntos urgentes me llevan á otra parte aunque á pesar mio.
A los piés de V. señora.

(Luisa sale por la puerta lateral.)

LUISA. Aquí está. ¿Fernando?

FERNANDO. Señorita... (Saludando.)

(Los tres personajes marchan juntos hasta llegar en frente de la puerta del cuarto de Javiera, en la cual detiénese Luisa para que pase primero su madre mientras Fernando camina lentamente hácia la del fondo.)

LUISA. Pasa, mamá.

JAVIERA. Anda delante, niña.

(Luisa desaparece. Cuando queda sola Javiera vuelve la cabeza para mirar á Fernando quien desde la puerta fondo, vuélvese tambien á mirar hácia donde quedaron las señoras. Êste desaparece despues de saludar ceremoniosamente á Javiera. Èsta queda unos instantes silenciosa y preocupada.)

ESCENA SÉPTIMA.

JAVIERA.

(Èsta baja lentamente hasta el proscenio.)

¿Por qué le amo sabiendo que él es el amado de mi hija? ¡Insondables misterios del corazon!

A un mismo tiempo nacieron su amor y el mio, tal vez al influjo de una misma palabra, acaso al fuego de una misma mirada. ¡Ay! yo quise evitar á tiempo este incendio separando su corazon y el mio del combustible que alimenta la llama que nos devora, y mis propósitos no fueron escuchados.

Yo que he visto nacer y desarrollarse el amor de Luisa al propio tiempo que el mio, propuse á mi padre abandonar este país en beneficio de nuestra tranquilidad, de nuestro porvenir acaso, y mi padre se hizo sordo á mis palabras.

(Pausa.)

¡Pero esto es horrible Dios mio! ¡Una madre convertida en rival de su hija! ¡Una madre disputando porfiadamente su amante, á la que es parte de sus entrañas!

(Pausa.)

¿Y por qué no he de amarle, cuando este

amor me ennoblece y constituye toda mi dicha y esperanza?

Lucharé, sí, hasta conseguir la realizacion de mis sueños. Luisa es muy niña todavía y su pasion no puede haber echado hondas raices. Le olvidará, de igual manera que los niños olvidan un juguete por otro.

(Pausa.)

Más... si no sucediese de este modo..... ¡Oh! entónces me opondré resueltamente á su enlace, porque la felicidad de una hija alcanzada á costa del sacrificio de su madre, puede trocarse fácilmente en eterna desdicha.

Se casará... sí... con el que quiera; pero con Fernando... jamás.

ESCENA OCTAVA.

JAVIERA, EL MARQUÉS.

MARQUÉS. ¿Estás sola?
JAVIERA. Sí.
MARQUÉS. ¿Y Monteblanco?
JAVIERA. Se marchó.
MARQUÉS. ¿Y Luisa?
JAVIERA. En su cuarto.

(Toma el Marqués asiento al lado de su hija á quien contempla en silencio unos instantes.)

MARQUÉS. Oye, hija mia: vengo reparando hace unos dias que Luisa está triste.
JAVIERA. Yo la encuentro como siempre.
MARQUÉS. No: está mucho más triste que de ordinario.

JAVIERA. Puede ser; pero ya verás como se divierte mañana.

MARQUÉS. Me alegraré que así suceda.

(Ligera pausa.)

JAVIERA. ¿Y no te parece que si realmente existe esa tristeza que tu has advertido, aunque para mi haya pasado desapercibida, pudiera tener una causa... muy natural?

MARQUÉS. (Fijàndose en su hija.) Tu dirás...

JAVIERA. Tengo mis sospechas de que Luisa anda enamorada.

MARQUÉS. Para mí no hay sospechas, sino completa certidumbre.

JAVIERA. ¿Y qué te parece debemos hacer?

MARQUÉS. (Ap.) No hay una madre que se acuerde de lo que deseaba cuando era soltera. (Alto.) Consulta tu pasado y no tardarás en caer en la cuenta.

JAVIERA. Si... habrá que pensar en un nuevo estado para ella. Reflexionando sobre lo mismo, precisamente, habia yo puesto los ojos en un partido que le conviene.

MARQUÉS. Si es aceptado por ella...

JAVIERA. Creo que si.

MARQUÉS. ¿Quién es él?

JAVIERA. Un hombre jóven, rico y... bien nacido.

MARQUÉS. (Con marcada gravedad.) ¿Su nombre?

JAVIERA. Ricardo Rodel.

MARQUÉS. (Levantándose bruscamente.) Jamás aceptaré por nieto á semejante mequetrefe.

JAVIERA. ¿Por qué, papá?

MARQUÉS. (Con indignacion.) ¡Casar á mi nieta con el hijo de... un hombre que echó la base de su fortuna prestando al ciento por ciento. Que despues la aumentó considerablemente vendiendo negros y comprando blancos, para que el negocio no tuvie-

se tropiezo. Con un rapazuelo, á quien aguanto en mi casa por consideracion únicamente á las personas que le presentaron! Vaya, vaya, no hablemos de esto, hija mia, si quieres verme tranquilo. ¡Casarla con ese Ricardo, cuando reservo para ella un hombre que vale más que todos los Ricardos pasados, presentes y futuros!

JAVIERA. No te incomodes, papá.

MARQUÉS. Pues no faltaba más sino que un pisaverde como ese, fuese preferido á Fernando Monteblanco, que la ama entrañablemente siendo por ella de igual manera correspondido.

JAVIERA. (Con ansiedad.) ¿A Fernando Monteblanco has dicho?

MARQUÉS. Justo y cabal: á Fernando Monteblanco.

(Javiera manifiesta en su semblante la cólera que la domina, pero por una brusca transicion, en vez de contestar con enerjía, á lo que debe parecer que se dispone, suelta una sonora carcajada.)

JAVIERA. Ja! Ja! Ja!...

MARQUÉS. ¿Qué quiere decir esa risa?

JAVIERA. Significa que yo, como madre de Luisa, no autorizaré en tiempo alguno el enlace que tu deseas.

MARQUÉS. ¿Por qué razon?

JAVIERA. Ja! Ja! Ja! Casar á mi hija con... (Despreciativamente) un escritorzuelo de comedias.

MARQUÉS. (Irónicamente.) Es verdad. Y más que un escritorzuelo de comedias, vale el hijo de un negrero. Aquél no tiene, tal vez, otro patrimonio que su talento, el cual no se cotiza en la bolsa, mientras éste posee montes de oro que destilan gota á gota las lágrimas y la sangre de cien mil infelices.

JAVIERA. (Con alguna turbacion.) Pero el mundo en que vivimos...

MARQUÉS. (Con ironía.) ¡Oh!... El mundo aristocrático no tendrá inconveniente, por tu parte á lo ménos, de admitir entre los suyos al hijo de un cualquiera con tal que derrame el oro á manos llenas y haya comprado al precio de unas cuantas talegas un título de Castilla. Desgraciadamente es muy fácil tomar carta de naturaleza en el mundo aristocrático de estos tiempos; pero, en cambio, es harto difícil naturalizarse en el mundo de la inteligencia, porque allí no tienen cabida los ignorantes.

JAVIERA. (Ap.) ¡Qué tormento, Dios mio!

MARQUÉS. (Con cariñosa dulzura.) Javiera, hija mia, tú no lo has pensado bien. Recapacita con calma y comprenderás que mi proyecto es el único de ámbos aceptable. Además si tú fuiste feliz en tu matrimonio, fué porque tu marido te amaba. Considera que sin amor no hay matrimonio dichoso.

JAVIERA. (Con angustia.) Pero... Fernando...

MARQUÉS. Ama á Luisa y Luisa...

ESCENA NOVENA.

DICHOS Y LUISA.

MARQUÉS. (Viéndola.) Aquí está: no hablemos más del asunto.

(Luisa se dirige lentamente hacia el centro de la escena).

MARQUÉS. (A Javiera.) ¿Vés lo que yo te decía? Luisa

lleva en el pecho algun dolor oculto á nuestras miradas.

LUISA. (En actitud preocupada y ap.) ¿Estará enojado? Más yo no le he dado motivo alguno.

MARQUÉS. Luisa: hija mia, ven acá.

(Luisa se coloca entre su abuelo y su madre.)

¿Qué tienes? Estás triste.

LUISA. (Sonriendo.) Nada. Estoy bien y deseando que llegue la noche de mañana.

JAVIERA. ¿Para bailar mucho?

LUISA. (Ap.) Para verle.

MARQUÉS. Tendrás ya una porcion de bailes prometidos.

LUISA. Sí: con Fernando, con Ricardo, con Diego, y... que se yo con cuantos más.

MARQUÉS. Ea, vá haciéndose tarde, preparaos ya porque sentiría perder las primeras escenas del drama como acontece generalmente.

JAVIERA. A mí me basta con llegar al desenlace.

LUISA. Yo deseo verlo desde la primera hasta la última escena.

MARQUÉS. Y eso es la regular cuando se trata de una produccion nueva.

Arreglaos, pues, mientras yo escribo unas cartas.

(Levántanse las sêñoras y aparece en el mismo instante Ricardo).

ESCENA DÉCIMA.

DICHOS Y RICARDO.

RICARDO. (Adelantando.) ¿No saben Vds. lo que ocurre?

MARQUÉS. (Con acritud.) Sí señor; que un mono se ha escapado del Retiro.

RICARDO. No tengo noticia de ese acontecimiento ni me sorprende tampoco. ¿Pero la novedad palpitante no la conocen Vds.?

MARQUÉS. Esperamos que V. nos la comunique.

RICARDO. Sorprenderá á Vds. como á todo el mundo ha sorprendido.

JAVIERA. ¿Qué es ello?

LUISA. Sáquenos V. de dudas.

RICARDO. Se han suspendido las representaciones del drama de Monteblanco.

JAVIERA. ¿Es posible?

LUISA. ¿Será cierto?

RICARDO. Ciertísimo, señorita. Acabo de leerlo en la tablilla colocada entre bastidores, en la cual se anuncian los ensayos y representaciones.

MARQUÉS. ¿No sabe V. el motivo de esa determinacion?

RICARDO. Diré á Vds. lo que se murmura en contaduría y en el saloncillo. Parece ser que el Director de escena ha recibido una carta del autor prohibiéndole la representacion de su obra.

MARQUÉS. No es creible.

RICARDO. Como me lo contaron, yo lo cuento. Pero hay más todavía. Asegúrase tambien que Monteblanco dice en su carta, que teniendo en estudio un nuevo desenlace de mejor efecto y de más eficaces resultados que el ya conocido, retira su drama hasta poderlo presentar nuevamente con la modificacion proyectada.

MARQUÉS. Estos poetas son tan singulares...

LUISA. (A Ricardo en voz baja.) ¿Trae V. el ejemplar del drama?

RICARDO. (Sacándole del bolsillo.) Aquí está.

LUISA. (Arrebatándoselo.) Démelo V.

RICARDO. Si ya no tiene interés.

LUISA. (Ap.) Ahora más que ántes.

JAVIERA. (A Ricardo en voz baja.) Necesito el ejemplar que V. tiene.

(Ricardo mira à Luisa y ésta le hace un signo de silencio.)

RICARDO. Lo he regalado á un amigo. (Ap.) ¡Qué misterio será este!

JAVIERA. Hágame V. el favor de comprar uno y remitírmelo enseguida.

RICARDO. Han sido retirados de la venta.

JAVIERA. ¡Qué fatal contratiempo!

RICARDO. (Ap.) La madre por un lado; la hija por otro... ¿Sí estará aquí verdaderamente el original del drama? Y en este caso... ¿qué papel represento yo? El de... me marcho, pero no faltaré al desenlace. (Alto.) Sí Vds. me conceden su permiso, me retiro.

JAVIERA. Adios Ricardo.

LUISA. Adios.

RICARDO. (Saludando.) Señor Marqués...

MARQUÉS. (Con sequedad.) Beso á V. su mano.

(Váse Ricardo, y el Marqués á su habitacion.)

ESCENA UNDÉCIMA.

JAVIERA Y LUISA: (Esta dirigiéndose hacia su cuarto).

JAVIERA. (Llamándola.) ¿Luisa?

LUISA. (Desde la puerta.) ¿Qué quieres, mamá?

JAVIERA. Vén acá, hija mia. (Cariñosamente.)

LUISA. (Ap.) Ya no podré leer hasta mañana.

(Luisa adelanta procurando ocultar el ejemplar.)

JAVIERA. (Sentándose.) Siéntate á mi lado.

LUISA. (Sentándose.) (Ap.) ¿Qué deseará?

JAVIERA. ¿Sabes que la modista ha estado inspirada en la confeccion de tu vestido?

LUISA. El tuyo no está peor.

JAVIERA. Pero me gustan más los colores para tí elegidos. ¿No te parece que á mí me sentarían bien?

LUISA. Muy bien, mamá: á tí todo te sienta perfectamente.

(Ligera pausa.)

JAVIERA. ¡Cuánto me ha hecho reir tu abuelito!

LUISA. ¿Con qué motivo?

JAVIERA. ¡Ahí es nada! Pretende casarte.

LUISA. (Con marcada confusion.) ¿Casarme?

JAVIERA. Sí. ¿Con quién dirás?

LUISA. ¿Como quieres que adivine?...

JAVIERA. (Mirando de hito en hito á su hija.) Con Fernando.

LUISA. (Con mal disimulada alegría.) ¿De véras?

JAVIERA. (Lentamente.) ¿No tienes nada que oponer al proyecto?

LUISA. (Ingénuamente.) Yo no debo oponerme á lo que el abuelito y tú dispongais.

JAVIERA. ¿Amas á Fernando?

LUISA. Mamá... (Con resolucion.) Sí.

(En toda la escena y particularnente desde ahora hasta su terminacion, Javiera manifestará honda emocion y angustia.)

JAVIERA. Hija mia, si deseas conservar la vida de tu madre, olvídale.

LUISA. (Con vehemencia.) ¿Olvidar á Fernando? Eso es imposible.

JAVIERA. Dá al olvido esos amores. Figúrate que han sido un sueño.

LUISA. ¿Cómo quieres que tenga por sueño un amor que llena toda mi existencia, que es mi existencia misma?

JAVIERA. Ese enlace no podrá realizarse nunca.

LUISA. (Sollozando.) ¡Yo me ahogo!

(Al levantarse Luisa para decir estas últimas palabras, deja caer el ejemplar que ocultaba. Javiera al verle en en el suelo recógele apresuradamente.)

JAVIERA. (Ap.) Es el drama de Fernando. Veamos. (Abre el ejemplar por las últimas páginas.) (Leyendo.) «Escena última.—El Conde.— No es buena madre la que no sabe sacrificar todas sus pasiones en aras de la felicidad de su hija.» (Declamando y arrojando el libro.) Mentira: La moral del asunto no es ésta. El autor debiera terminar el drama diciendo. «No es buena hija la que acepta la felicidad á costa del sacrificio de su madre.»

LUISA. (Con espanto.) Mamá. ¿Qué quieren decir esas palabras que me espantan?

JAVIERA. (Sollozando y con dulce entonacion mientras abraza á su hija.) Nada, nada, hija mia. Si hemos de ser dichosas, preciso será que olvides á ese hombre.

CAE EL TELON.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion del anterior.

Al levantarse el telon salen Ricardo, Diego y dos jóvenes màs por la puerta lateral, que aparenta comunicar con los salones de baile. Poco despues el Baron del Tajo.

Todos vestidos de rigurosa etiqueta. Se oyen algunos compases de un rigodon.

RICARDO, DIEGO, JÓVEN 1.°, JÓVEN 2.°, luégo el BARON.

JÓVEN 1.° ¡Magnífico!

JÓVEN 2.° ¡Soberbio!

DIEGO. Deslumbrante como el paraiso del Profeta; como un cielo salpicado de brillantes constelaciones.

RICARDO. A propósito de constelaciones. ¿Habeis visto la Osa mayor?

JÓVEN 1.° ¿Qué Osa mayor?

RICARDO. Aquél grupo de siete hechiceras niñas; de siete estrellas, diría mejor, retiradas

en el saloncito azul. Pues sabed que todas, y cada una de ellas, son las herederas de gloriosos títulos y de no pocos millones, que es un título más á nuestra admiracion.

Os autorizo para que las hagais la corte, excepto á una, que nadie se atreverá á mirar, si estar no quiere con mi espada á prueba.

DIEGO. ¿Quién es ella?

RICARDO. La diosa de esta casa; pero cuidado que este es mi secreto.

(El Baron adelanta hasta colocarse en medio de los jóvenes.)

BARON. ¡Uf! que calor.

RICARDO. Hola, Baron; buenas noches.

BARON. Bueno se pone usted de bailar amiguito. Está usted hecho un verdadero danzante.

RICARDO. ¿Qué quiere usted? Dios me ha hecho así. Ya verá usted como no me quedo atrás tampoco, cuando llegue la hora de cenar.

DIEGO. (A Ricardo aparte.) ¿Quién es este caballero que tiene el mal gusto de colgarse una gran cruz sobre el frac?

RICARDO. (A sus compañeros que le rodean.) Este es un señor conocido con el título de Baron del Tajo.

DIEGO. ¿Tiene dominio sobre el rio?

RICARDO. ¡Quiá! Aseguran malas lenguas que lleva ese título en memoria de su padre que fué carnicero.

JÓVEN 1.° He ahí un aristócrata de sangre.

JÓVEN 2.° Verdadero señor de cuchilla.

RICARDO. Y de horca... merecida.

(Volviéndose hacia el Baron.)

¿Y usted no baila, Baron?

BARON. Tengo muy duras las articulaciones.

RICARDO. (A sus amigos aparte.) Tecnicismo del oficio. (Al Baron.) Usted preferiría murmurar un rato.

BARON. No veo el motivo.

RICARDO. A propósito.

(Los jóvenes rodean á Ricardo.)

La Duquesa del Pisuerga, jóven, bella y rica, se casa.

BARON. ¿Qué tiene eso de particular?

RICARDO. Calma, Baron, calma. La gracia no está en el casamiento, sino en el comentario que corre de boca en boca.

El futuro marido tiene más de setenta años de edad, y un distinguido epigramático, ha hecho con este motivo una frase de suerte diciendo...

(Bajando la voz.)

que la Duquesa se casa por... curiosidad.

(Los jóvenes sueltan una carcajada.)

BARON. Por curiosidad tambien arrancaría yo la lengua á ese inventor de frases.

RICARDO. ¿Conoce usted á la Duquesa?

BARON. De vista.

RICARDO. ¿Se ha fijado usted alguna vez en su pié?

BARON. Nunca.

RICARDO. Pues á propósito de esto, voy á referir á ustedes una anécdota graciosísima, en la cual figuro como primera parte.

BARON. (Ap.) ¡Qué chiquillo tan majadero es este!

RICARDO. Ignoro si ustedes sabrán, que la duquesa tiene un pié casi invisible, un pié lilliputiense, un conato de pié.

Hace pocos dias iba yo detrás de ella en

direccion al prado; pero al llegar á la esquina del palacio de Pepe...

DIEGO. ¿Qué Pepe es ese?

RICARDO. (Con estrañeza.) ¿Qué Pepe ha de ser? El Marqués de Alcañices; mi amigo Pepe Alcañices.

BARON. (Ap.) En su vida le ha hablado; estoy seguro.

RICARDO. Al llegar, como decía, á la esquina del palacio de Alcañices, tuerce mi duquesita á la derecha y sigue la acera que se estiende hasta la embocadura de la Carrera de San Jerónimo.

Casi juntos ella y yo, llegamos al esquinazo del palacio de Marcelino.

DIEGO. ¿Quién es Marcelino?

RICARDO. Pero, hombre, tú no conoces á nadie en Madrid. ¿Quién es Marcelino?
¡Quién ha de ser! El Duque de Villahermosa; mi amigo Villahermosa.

BARON. (Ap.) Este muchacho es tonto rematado. ¡Cuántos hay por ahí de su especie, tuteando á los Grandes sin conocerlos!

RICARDO. Prosigo y llamo la atencion de ustedes, porque ahora entra lo bueno.
Al emparejar, como he dicho, con ella, en el ángulo del palacio de Villahermosa, ocúrreme repentinamente una idea originalísima.
»Duquesa, la dije, acaba usted de perder un zapato.»

Quedóse asombrada y ruborosa, y con una gracia seductora, levantó uno despues de otro sus piés, esclamando.

«Está usted equivocado, caballerito.»

Inclínome entónces apresuradamente, recojo un pequeñísimo objeto que yo

había visto en el suelo, y con sonrisa de triunfo le digo: «Aquí está, señora.»

Contempla el objeto, y soltando una fresca y sonora carcajada, «para usted,» replica, y sigue magestuosamente su camino.

(A sus oyentes.) ¿Qué dirán ustedes que era?

(Riendo su gracia.)

Media cáscara, abierta á lo largo, de una bellota.

BARON. ¿Y la comió usted?

RICARDO. No señor; la guardo entre otros mil objetos de igual procedencia.

(Se oye el preludio de un vals.)

La orquesta comienza á preludiar un vals. En baile, caballeros, en baile.

(Los jóvenes se precipitan por la puerta del salon.)

BARON. (Siguiéndolos lentamente.) Buena cosecha de tontos se prepara, si un pedrisco no acaba con ellos en agraz.

ESCENA SEGUNDA.

(En el instante que desaparece el Baron, asoma Luisa por la puerta fondo, al mismo tiempo que Fernando por la lateral. Uno y otro figuran venir de los salones de baile.)

LUISA, FERNANDO.

FERNANDO. ¡Luisa!

LUISA. (Avanzando.) De poco tiempo podemos disponer porque mamá no me pierde de vista.

FERNANDO. ¿Qué tienes que decirme?

LUISA. ¡Ay! Fernando; nuestras esperanzas son

irrealizables; debemos perderlas para siempre.

FERNANDO. (Con vehemencia.) ¿Y tú me aconsejas de este modo? ¡Perder la esperanza de llamarte mía!... Eso... jamás. Por grandes que sean los obstáculos que se opongan á nuestra dicha, yo sabré vencerlos.

LUISA. Nuestro enlace es de todo punto imposible.

FERNANDO. (Con energía.) ¿Quién lo dice?

LUISA. Quien tiene sobre mí legítima y santa autoridad.

FERNANDO. ¡Tu madre!

LUISA. Sí.

FERNANDO. ¡Ah! (Con muestras de profundo sentimiento.)

LUISA. (Ap.) Su dolor destroza mi corazon.

FERNANDO. (Con ironía.) ¡Con qué imposible? Es claro: Una señorita destinada á ser mujer de un hombre, sólo porque es millonario...

LUISA. (Enérgicamente.) ¿Qué has dicho? ¿Casarme yo con un hombre porque sea millonario?

Mentira. Te han engañado Fernando; y si crees tal cosa será prueba evidente de que no me conoces, de que no me amas.

FERNANDO. Lo he oido de los labios de tu madre.

LUISA. (Con enérgica resolucion.) Pues mi madre mien... no ha dicho la verdad.

FERNANDO. Todo lo comprendo ahora. Mas, ¿qué debemos hacer? Tú que la conoces mejor que yo indícame un medio, una manera, cualquiera que sea, para vencer su tenacidad.

LUISA. No hay ninguna: mi madre no consentirá jamás.

FERNANDO. ¿Por qué?

LUISA. (Bajando los ojos.) Si lo sabes... ¿á qué me lo preguntas?

FERNANDO. (Ap.) ¡Pobre niña! Ya no es para ella un misterio tampoco la insensata pasion de su madre.

LUISA. (Mirando al fondo.) Alguien viene: adios Fernando.

FERNANDO. ¿Nos veremos luégo?

LUISA. Sí: adios.

(Luisa desaparece por donde entró. Ricardo asoma por la otra puerta que dá al salon.)

RICARDO. (Desde la puerta.) Está sólo. Corro á comunicárselo á Javiera.

(Váse.)

ESCENA TERCERA.

FERNANDO.

¡Risueñas esperanzas, felices ilusiones de mejores dias!... adios.

¡Ah! maldita sea la pasion que, contra mi voluntad, he inspirado á esa madre sin entrañas.

Siéntome capáz en este momento de cegar mis ojos y mutilar mi lengua, si ésta ó aquellos hubieran sido la causa, aún inadvertida, de tan insensato amor.

¡Y quieren que renuncie al de Luisa! Nunca. Un corazon vehemente no puede renunciar al amor, como no puede renunciar á hablar el hombre que tiene lengua, ni á pensar el que siente bullir la idea en su cerebro.

(Ligera pausa.)

¡Si de cualquiera manera, por cualquier

medio, pudiese arrancar del corazon de su madre esa pasion causa de mi desgracia!

¡Ah! no tenía más objeto que este mi última obra... y ¡nécio de mí!.. todo inútil.. Por eso lo he retirado de la escena.

¿Qué puede importarme el popular aplauso miéntras llevo en el pecho un corazon lacerado por el dolor, y una esperanza agonizando?

Basta, pues, de inútiles vigilias y de enseñanzas inútiles.

El autor comienza á ser actor en su drama desde éste momento, y esta casa el palco escénico de sus triunfos ó de sus derrotas.

¡Que Dios me inspire para llegar al logro de todos mis deseos!

ESCENA CUARTA.

FERNANDO, JAVIERA Y RICARDO. (Por el fondo.)

JAVIERA. (A Fernando.) ¿Cómo tan solitario?...

RICARDO. Estará estudiando el nuevo desenlace.

FERNANDO. Algo hay de eso.

RICARDO. ¿Lo ve usted, señora? Tengo yo una perspicacia... Por supuesto que aplaudo la determinacion de usted, pues tampoco estoy conforme con el matrimonio de la hija en aquellas circunstancias.

JAVIERA. ¿Con qué el drama acababa en matrimonio?

FERNANDO. (Mirando de frente á Javiera.) Sí señora.

JAVIERA. Y... el nuevo desenlace...

FERNANDO. ¡Quién sabe cuál será! Están colocados mis personages en una situacion tan extraordinaria y anormal, que me costará sumo trabajo, créalo usted, sacarlos del atolladero en que los he metido.

JAVIERA. Tiene usted sobrado ingénio para dejar de salir airoso en su empeño.

FERNANDO. Muchas gracias.

RICARDO. Apostaría ciento contra uno, á que la escena que lleva usted ahora entre ceja y ceja, es una escena de celos.

(Fernando hace signos negativos.)

No lo niegue usted; le he visto discurrir esta noche por los salones con todo el aire de un Otelo. De seguro estudia usted el género de muerte que ha de dar á su Desdémona.
Pues bien. ¿Quiére usted creerme?
Hágala usted morir de rábia: esta muerte es poco comun y hará efecto.

JAVIERA. (Ap.) ¡Qué nécio tan hablador!

FERNANDO. (A Ricardo.) Tiene usted una inventiva diabólica.

RICARDO. Regular, regular.

JAVIERA. (A Fernando.) ¿Cuándo se reanudan las representaciones?

FERNANDO. Espero dejar terminado mañana mi trabajo, *trabajando mucho esta noche.*

(Breve pausa.)

JAVIERA. ¿No baila usted, Monteblanco?

FERNANDO. Es una diversion que no me entretiene.

RICARDO. No me esplico como se puede asistir á un baile para no bailar. De mí puedo decir á ustedes que en cuanto escucho las primeras notas de un violin, empie-

zan á moverse mis piés y mis piernas como si estuviese picado de la tarántula.

JAVIERA. En un baile puede haber otras cosas que llamen la atencion. ¿No opina usted de igual manera, Monteblanco?

FERNANDO. Quién lo duda?

JAVIERA. (Con marcada intencion.) Un baile puede ser, por ejemplo, lugar de cita entre dos amantes.

RICARDO. A propósito: he observado que Luisa está triste esta noche.

JAVIERA. (Con gravedad.) ¿Y me podrá usted decir que relacion guarda la tristeza de mi hija, con la cita de dos amantes?

RICARDO. (Algo confuso.) Ninguna, señora: sino que como habrá usted podido advertir, tengo la costumbre de esclamar, «á propósito,» siempre que voy á dar alguna noticia.

JAVIERA. Pues el apropósito de usted, ha sido en esta ocasion un despropósito.

RICARDO. (Ap.) Bonito juego de palabras: lo apuntaré en mi cartera.

JAVIERA. Mucho le preocupa á usted el desenlace.

FERNANDO. Creo haber dado con él.

JAVIERA. Me alegro muchísimo.

FERNANDO. ¿Y tanto es así, que me encuentro dispuesto á bailar desde este momento, si usted me dispensa la honra de sér mi pareja.

JAVIERA. (Levantándose y tomando el brazo de Monteblanco.) Vamos.

FERNANDO. Estoy á las órdenes de usted.

(Javiera, Fernando y Ricardo, se dirigen hácia los salones.)

JAVIERA. (Ap.) La balanza se inclina á mi favor.

RICARDO. (Ap.) Magnífica ocasion para hablar á Luisa sin inconvenientes maternales.

ESCENA QUINTA.

EL MARQUÉS.

(El Marqués aparece por la puerta foro al mismo tiempo que Javiera y Fernando atraviesan la lateral cogidos del brazo.)

¡Siempre colgada de su brazo!... Esto no puede seguir así: es mi hija y debo prevenirla se abstenga de dar pretestos á la murmuracion que puede colocarla en ridículo y aún en peor lugar. Estoy resuelto á no consentir que prosiga por esa senda.

ESCENA SEXTA.

MARQUÉS, RICARDO.

RICARDO. (Entrándo.) Cuando las señoras no tienen memoria, los que de galantes nos preciamos vémosnos precisados á hacer uso de los piés para subsanar aquella falta. (Al Marqués.) ¿Ha visto usted por aquí el abanico de Javiera.

MARQUÉS. Nó.

(Ap.) El abanico le ha servido de pretesto para arrojar de su lado á este pobre diablo.

RICARDO. (Buscando por todas partes.) ¿Dónde lo habrá dejado? Me ha dicho que aqui lo encontraría, pero es el caso que no parece.

Es inútil buscarle por más tiempo.

MARQUÉS. (En tono de burla.) ¿Ha parecido?

RICARDO. No señor. ¿Qué vá á pensar ahora su bella propietaria? Creerá, y con razon acaso, que alguno de esos insolentes niños, que tanto abundan en los salones, lo ha cogido para mostrarle luégo como trofeo de una amorosa victoria. ¡Hay tantos de esta especie!
Adios, señor Marqués.

MARQUÉS. Una palabra.

RICARDO. Y ciento, señor Marqués.

MARQUÉS. Hágame usted el favor de decir á mi hija que aquí la aguardo para tratar con ella un asunto urgente.

RICARDO. ¿Nada más?

MARQUÉS. Es bastante.

RICARDO. (Que habrá marchado hacia el fondo vuelve repentinamente sobre sus pasos.)
A propósito.

MARQUÉS. (Interrumpiéndole.) Si, si; estoy enterado del caso.

RICARDO. Usted perdone. Hasta luego, señor Marqués. Avisaré á Javiera que la espera usted en este gabinete.

(Mirándo al fondo de los salones.)

Hacia aqui se acerca precisamente.
(Ap.) La ocasion para hablar á Luisa es inmejorable.

ESCENA SÉTIMA.

EL MARQUÉS Y JAVIERA.

JAVIERA. (Entrándo.) ¿Cómo tan retirado, papá?

MARQUÉS. Me alegro de tu llegada, hija mia, pues deseo hablar contigo un rato.

JAVIERA. (Sentándose.) Ya te escucho.

MARQUÉS. Oyeme con calma, sin impacientarte; como debe oir una hijo á su padre.

JAVIERA. (Ap.) ¿Qué irá á decirme?

MARQUÉS. Tu conducta, hija mia, sino imprudente, es, cuándo ménos, poco meditada.

JAVIERA. (Con dignidad.) Esas palabras...

MARQUÉS. Si has de interrumpirme á cada momento, es inútil continuar.

JAVIERA. No es esa mi intencion; pero considera...

MARQUÉS. Escúchame primero, y luégo haremos las consideraciones que desees.

Toda la noche te he visto cojida del brazo de Fernando, dándo lugar de esta manera á que las lenguas murmuradoras trabajen en su oficio y en tu descrédito.

JAVIERA. ¿No puede la señora de la casa en que se recibe, elegir uno entre sus convidados, para bailar un vals ó hablar un rato?

MARQUÉS. Si fuese un rato solamente, esta conversacion sería ociosa.

JAVIERA. ¿Y tiene algo de particular que yo conceda preferencia, entre los demás, á Fernando?

MARQUÉS. Sí, hija mía; porque ni eres una niña prometida, ni una vieja que nada pueda ya prometer.

JAVIERA. Papá. Vengamos, si te parece, á nuestro asunto.

MARQUÉS. En él estoy. ¿Crées que tus asiduidades hacia Fernando, no habrán dado lugar á estas horas á multitud de comentarios, ridículos unos, maliciosos otros, todos injustos, si así lo quieres, mas no por eso ménos desfavorables, á tu fama y buen nombre?

JAVIERA. ¿Por qué? ¿Acaso he dado nunca el más

pequeño motivo de censura, para que ahora una inocente circunstancia sea bastante á manchar mi reputacion intachable?

MARQUÉS. No basta ser bueno; es preciso parecerlo además.

JAVIERA. (Con gravedad.) Segun ese principio, debemos empezar por encerrarnos en nuestro cuarto, siendo agenos á todo lo que pasa en el mundo, por que una sola palabra, una sola mirada, una sola sonrisa, pueden ser motivo suficiente para que la calumnia se cebe en nosotras; ¡como si los calumniadores necesitasen pretestos de ninguna especie para mancillar la honra dé una muger! ¡Como si la víbora tuviese otros motivos que su cruel instinto para clavar sus venenosos colmillos!

MARQUÉS. (Con gravedad.) Javiera, dejémonos de ambigüedades y metáforas y hablemos francamente.

¿Qué objeto te propones al seguir la conducta que há tiempo, y particularmente esta noche, vienes practicando?

JAVIERA. Divertirme, papá.

MARQUÉS. No lo creo, porque esa conducta se parece al amor, como yo me parezco á tu padre.

JAVIERA. (Ap.) ¿Habré cometido alguna imprudencia?

(Alto.) ¿Y aunque así fuese, tendría nada de estraño? Soy viuda, y en aptitud, por consiguiente, de tomar nuevo estado si me conviene.

MARQUÉS. Paso por alto el que la memoria de tu marido, se haya borrado de tu mente. Esto atañe, únicamente, á tu conciencia. Pero lo que no he de dejar pasar ahora

ni nunca, es que la heredera de mi título y mi fortuna, que la que será un dia Marquesa de Monterredondo, contraiga amorosas relaciones con un... escritorzuelo de comedias.

JAVIERA. (Con vivacidad y enojo.) Papá, no digas eso: te pondría en ridículo si te oyesen. ¿Monteblanco, un escritorzuelo? Parece que has perdido el juicio. Fernando es un genio y España entera rinde brillante homenaje á sus talentos.

MARQUÉS. Ja! ja! ja!...

JAVIERA. ¿Y aún te ries?

MARQUÉS. Sí; porque esos elogios que acabas de hacer, son la confesion de tu amor.

JAVIERA. Le defiendo de tus ataques.

MARQUÉS. Ayer tuve necesidad de defenderle yo contra los que tu le dirigiste; cuando le propuse para marido de Luisa. ¿Te acuerdas?

JAVIERA. (Ap.) ¡Qué vergüenza!

MARQUÉS. Tus palabras de ayer saliendo hoy de mis lábios, han sido la piedra de toque de una pasion que há tiempo sospechaba.

(Con solemnidad.)

Javiera, hija mia, procura hacerte superior á tus pasiones. Procura, como es tu deber, que mi amada nietecita no sea desgraciada.

JAVIERA. (Con viva emoçion.) ¿Y por qué he de renunciar á este afecto que me ennoblece?

MARQUÉS. Porque la felicidad de tu hija lo exige. Porque tu amor es como sol próximo á hundirse en el ocaso, miéntras el amor de Luisa es el astro que se levanta por Oriente. Este es duradero; aquél, fugáz.

JAVIERA. Mas tú no sabes que el amor en los últimos límites de la juventud, es como los postreros resplandores de una lámpara; fugaces, sí, pero brillantes y abrasadores.

MARQUÉS. Lo que es fugáz, [redacted]

JAVIERA. Fugáz es el rayo y destruye.

MARQUÉS. (Con dulzura.) Ten compasion de ella...

JAVIERA. (Vacilante.) Bien... que le ame... no me opongo: pero casarse con él... ¡eso nunca!

ESCENA OCTAVA.

DICHOS, RICARDO Y DIEGO por el fondo: (poco despues, FERNANDO.)

RICARDO. (Entrándo.) ¡Qué discusion tan interesante!

DIEGO. ¡Qué arrebatadora elocuencia!

MARQUÉS. ¿Viénen ustedes del Congreso?

RICARDO. No señor. Venimos de escuchar á Monteblanco el cual desarrolla en estos momentos, una teoría tan delicada como importante, á saber: «la [redacted] de las viudas.»

MARQUÉS. Buen asunto.

JAVIERA. Debe ser deliciosa esa discusion.

RICARDO. Lo que puedo decir á ustedes es, que el auditorio, compuesto, en su mayor parte, de señoritas casaderas y de incansables solterones, aplaude sin reserva los razonamientos, y ríe con deleite las gracias del orador.

La última frase que yo he oido la recuerdo perfectamente, porque es tan gráfica como característica.

JAVIERA. ¿Quiére usted hacerme el favor de repetirla?

RICARDO. Con mucho gusto.

Tratándo de censurar al hombre que pretende contraer enlace con una mujer viuda, decia Fernando.

«Hasta la muerte es para el hombre ménos terrible que de ordinario, cuándo sabe que deja en el mundo una esposa fiel y enamorada que conservará incólume, inquebrantable, el juramento de amor pronunciado ánte el altar y el sacerdote. Pero, ¿cómo queréis, añadía, que una mujer que ha celebrado segundas nupcias sea fiel á estos juramentos, despues de la muerte de su marido, cuándo la habeis visto olvidar los primeros que pronunciára en la edad en que el amor embriaga el alma con indefinibles placeres y con quiméricas esperanzas?» Y variando de improviso la entonacion de su filípica, terminó de esta manera. «La muger en estas circunstancias, no hace otra cosa que parodiar el grito de las antigüas monarquías, esclamando desde la puerta de la cámara mortuoria: ¡*Mi marido ha muerto*! ¡*Viva mi marido*!»

JAVIERA. (AP.) ¡Qué insolencia!

MARQUÉS. (AP.) Duro es el ataque, pero bien lo merecen algunas.

RICARDO. Lo malo del caso es, que Monteblanco ignora que uno de sus oyentes, el Baron del Tajo, está casado con una viuda, y mucho me temo que las palabras de Fernando, acabando con la poca paciencia del Baron, produzcan algun lamentable conflicto.

ESCENA NOVENA.

DICHOS Y FERNANDO (que habrá escuchado parte del relato de RICARDO.)

RICARDO. (Reparándo en Fernando.) Aquí está el orador: el defensor elocuente del estado honesto.

(El Marqués sale al encuentro de Fernando y manifiesta hablarle en tono de dulce reconvencion. Váse el Marqués y Fernando adelanta.)

FERNANDO. (A Ricardo.) Es usted un mentecato.

RICARDO. (A Fernando.) Esas palabras exigen una satisfaccion. Mañana le mandaré á usted mis padrinos.

FERNANDO. Y yo le enviaré á usted una nodriza.

(Ricardo y Diego vuelven á los salones.)

ESCENA DÉCIMA.

JAVIERA, FERNANDO.

JAVIERA. (Con altivez.) No me parece digno ni caballeresco, insultar, como usted lo ha hecho, á señoras que no tienen quien las defienda.

(Fernando manifiesta querer hablar.)

Suplico á usted me dispense el favor de

evitarme nuevos disgustos, con... su ausencia de esta casa.

(Javiera saluda ceremoniosamente y se retira por la puerta fondo. Fernando se dirige lentamente hacia la misma puerta.)

ESCENA UNDÉCIMA.

FERNANDO, EL BARON (por la puerta opuesta á la que marchó JAVIERA.)

BARON. Una palabra, señor Monteblanco.

FERNANDO. (Deteniéndose.) Ya escucho, señor Baron.

BARON. Condicion indispensable de ser para todo el que escribe y... habla para el público, saber sostener sus opiniones.

FERNANDO. Estamos de acuerdo en ese punto.

BARON. Cuando la pluma ó la lengua ofenden la reputacion ó el prestigio de un hombre público, no es difícil escusarlas de tal esceso con mil razones que usted, como maestro en el oficio, no ignorará seguramente.

FERNANDO. No tengo que acusar á mi pluma de ningun abuso.

BARON. (Con ironía.) ¿Y á su lengua, señor Monteblanco?

FERNANDO. Tampoco.

BARON. ¿En ninguna ocasion?

FERNANDO. En ninguna.

BARON. Es usted hombre de escasa memoria ó de sobrado disimulo.

FERNANDO. (Con gravedad.) Ruego á usted que se esplique sin rodeos.

BARON. (Con marcado enojo.) El que, como usted, ofende á las señoras, es un...

FERNANDO. (Interrumpiéndole.) Alto, señor Baron.

BARON. Al fin nos hemos entendido. Nuestros padrinos arreglarán las condiciones. Buenas noches.

(El Baron marcha por donde entró.)

ESCENA DUODÉCIMA.

FERNANDO.

¡Un duelo!.. Está bien. Todo lo doy por bien empleado, si he sabido ganarme su desprecio.

(Dirígese hacia el foro á tiempo que Javiera aparece en la misma puerta.)

ESCENA DÉCIMATERCIA.

FERNANDO Y JAVIERA.

JAVIERA. (Con enojo.) ¿Todavía aquí?

(Javiera toma el cordon de una campanilla.)

FERNANDO. ¿Qué pretende usted hacer, señora?

(Javiera manifestando su emocion y sus dudas, abandona el cordon que habia tomado.)

Era la segunda vez que iba usted á arrojarme de su casa, precisamente cuando me disponía á abandonarla para siempre.

JAVIERA. (Reponiéndose, pero con altivéz.) Cuando un hombre, atropellando las conveniencias sociales y el respeto que merece una casa honrada, injuria cruelmente á res-

petables señoras, ¿qué castigo merece, Sr. Monteblanco?

FERNANDO. No trato de protestar contra el que usted quiso imponerme hace un instante en este mismo lugar, sino del que pretendia llevar á cabo nuevamente, deshonrándome á los ojos de sus criados. Muchas gracias, señora, por haberme librado de esta última afrenta. A los piés de usted.

JAVIERA. (Ap.) ¡Y se marcha!

(Con dulzura.)

¿Monteblanco? Usted crée que podía yo proceder de otra manera, sin esponerme á la murmuracion, á la calumnia tal vez, de mis convidados.

FERNANDO. (Con estrañeza.) ¿A la calumnia?

JAVIERA. (Con intencion.) Sí. ¿No conoce usted que la impunidad en este caso, hubiéranla atribuido los maliciosos, á móviles secretos que nada podian favorecerme?

FERNANDO. ¿Y cree usted, señora, que dejaría mi mano de arrancar la lengua infame que se atreviese á manchar la honra de usted?

JAVIERA. Muchas gracias; pero como el mundo tiene más de una lengua, continuaría su obra comenzada suponiendo, quizá, que había observado inteligencias secretas entre nosotros. ¿Quién detiene á la murmuracion cuando cree haber encontrado motivos para ejercer su víl oficio?

FERNANDO. Es verdad, y agradezco á usted la delicadeza con que me advierte lo inconveniente de mi presencia por más tiempo en esta casa.

(Fernando saluda y vuelve la espalda para marchar.)

JAVIERA. (Ap.) Este hombre no quiere comprenderme, ó yo me he esplicado mal.

(Al pasar Fernando á la altura de la puerta lateral que conduce al salon, se apercibe de la presencia de Luisa que estará en el umbral de la misma, y ahoga una esclamacion en sus làbios al verla. Javiera, siguiendo la mirada de Monteblanco, se apercibe tambien de la presencia de su hija, y rápidamente entónces, y como obedeciendo à un impulso de los celos, se abalanza sobre el cordon de la campanilla que agita con violencia. Dos criados aparecen en la puerta del foro.)

ESCENA DÉCIMACUARTA.

JAVIERA, FERNANDO, LUISA. Luégo el MARQUÉS.

JAVIERA. (A los criados señalando á Fernando y presa de viva ėmocion.)

Arrojad á ese hombre á la calle.

FERNANDO. ¿A mí? Señora; si uno sólo de sus criados se atreve á tocarme con un dedo, juro, por Dios vivo, que le ahogaré entre mis manos.

LUISA. (Adelantando con dignidad.) El hombre que indignamente ofende á una señora, no merece consideracion alguna.

FERNANDO. (Aparte y con una explosion de dolor.) ¡Tambien ella!

LUISA. Salga usted de esta casa.

(Fernando como si dudase de lo que oye, interroga con una mirada á Luisa que contesta con un expresivo signo de inteligencia.)

(En el momento en que los criados avanzan sobre Fernando, el Marqués se interpone con dignidad y enojo entre éste y aquellos.)

MARQUÉS. Que nadie le toque.

FERNANDO. Gracias, señor Marqués.
MARQUÉS. Adios, señor Monteblanco.

(Fernando ës acompañado por el Marqués hasta la puerta foro desde la cual aparenta seguir con la vista los pasos de Monteblanco. Javiera y Luisa, asì que éste ha salido de la escena, se aproximan hasta abrazarse y esclaman en voz baja y con acento intencionado una y otra.)

JAVIERA. Ese hombre es un miserable, hija mia, y no merece otra cosa que nuestro desprecio.
LUISA. Que nunca vuelva á entrar en esta casa.
JAVIERA. Jamás; yo te lo fío.
LUISA. (AP.) Su desprecio asegura mi dicha.
JAVIERA. (AP.) Su indiferencia aumenta mi esperanza.

CAE EL TELON.

ACTO TERCERO.

Decoracion del anterior.

ESCENA PRIMERA.

EL MARQUÉS.

Estoy satisfecho de mi trabajo.

Fernando llegará aquí dentro de poco porque no puede hacerse sordo á mi llamamiento. El Baron oirá tambien la voz de la razon y el duelo quedará evitado, despues de corteses y recíprocas satisfaciones.

He tomado á mi cargo este asunto y lo terminaré felizmente.

¡Pues no faltaba más! De algo me ha de servir la autoridad que dan los años, única compensacion de lo que quitan.

Despues afrontaré resueltamente la cuestion que trae revuelta la tranquilidad de esta casa, hablando á mi hija el lenguaje severo de la verdad, y haciéndole comprender, si es preciso, que aquí no hay más autoridad que la mia. Esta situacion es demasiado violenta para que

pueda prolongarse, y sobrado censurable para que yo la tolere.

Además, conozco bien el corazon de Luisa y temo por su salud y por su porvenir. Desde anoche la veo llorosa, y véola, tambien, preocupada como el que acaricia una idea á la que todavía duda someterse.

Capáz es de resignarse y disimular su dolor á trueque de la dicha de su madre, y tan buena és que no dudará tampoco en aceptar cualquier sacrificio por conseguirlo.

Pero yo sabré impedir estos propósitos, si los tuviese, y sabré, igualmente, hacer entrar á su madre en el sendero del deber y de la razon.

ESCENA SEGUNDA.

MARQUÉS, LUISA.

LUISA. (Con acento de tristeza.) Buenos dias, abuelito.
MARQUÉS. ¡Hola!

(Contemplándola y aparte.)

¡Pobre niña! Una noche de dolor ha bastado para marchitar sus megillas.
Ven acá, hijita mia, siéntate á mi lado.

(Luisa toma asiento en el sofá al lado del Marqués.)

¿Has pasado mal la noche? ¿Verdad?
LUISA. Como siempre...
MARQUÉS. Tu palidéz desmiente tus palabras.
LUISA. Es que... no he dormido.

MARQUÉS. ¿Has estado enferma?

LUISA. No, pero sí pensando mucho una resolucion que, al fin, he tomado, y que desearía realizar si tu no te opones.

MARQUÉS. Habla.

LUISA. Es que temo...

MARQUÉS. ¿Consideras indigno de tí lo que vas á contarme?

LUISA. No, pero...

MARQUÉS. Deja esos temores pueriles, y empieza: ya te escucho.

LUISA. (Con timidez.) Quisiera... entrar en un convento.

MARQUÉS. (Gravemente.) ¿Qué estás diciendo?

LUISA. ¡Debe de ser tan agradable, y sobre todo tan tranquila, la vida del claustro!

MARQUÉS. Luisa, Luisa, pretendes ocultarme los sufrimientos de tu alma, pero es inútil. Yo los veo á través de tus ojos claros y trasparentes, como á través del agua cristalina se ven las menudas arenas que guarda el arroyo en su fondo.

Tu deseo es una quimera, hija mia, porque la causa que lo ocasiona debe desaparecer y desaparecerá sin remedio.

Sé franca conmigo; ábreme tu corazon sin temor; considera que un abuelo no es un padre, sino el amigo íntimo de sus nietos. (Con marcada intencion.) Además, debes tener presente que tu proyecto no podrías dignamente realizarlo, sin el consentimiento de tu madre.

LUISA. (Con una explosion de llanto.) ¡Es que yo no tengo madre!

MARQUÉS. Ese grito de supremo dolor escapado del fondo de tu alma es la mejor confesion de tus tormentos.

LUISA. Perdóname, abuelito, si he sido dema-

siado injusta, pero hay momentos en que no sé como pienso, ni lo que digo.

MARQUÉS. Vaya, vaya, procura calmar tu pena en lugar de exagerarla, como lo haces, con importunas cavilosidades.

Tu madre es buena, muy buena; como que es tu madre y es mi hija; y si bien es cierto que muestra alguna oposicion á tus relaciones con Fernando, será... por causas que cree prudente callar por ahora.

¿No lo comprendes así, hija mia?

LUISA. (Con ingenuidad.) Si señor.

MARQUÉS. Pues todo esto pasará pronto, y como no deseo que la bonanza nos coja de sorpresa, hablemos á la manera de dos buenos y leales amigos.

¿Deseas casarte con Fernando?

LUISA. (Vacilando un poco.) No señor.

MARQUÉS. ¿Y si tu madre aprobase ese enlace?

LUISA. (Con alegría.) ¡Oh! entónces... pero no, no, yo quisiera retirarme á un convento.

MARQUÉS. ¿Ya no amas á Monteblanco?

LUISA. (Con calor y enojo.) No señor, no le amo, y... hasta creo que le aborrezco.

MARQUÉS. Está bien. Yo me encargo de trasmitir tus sentimientos á ese pobre muchacho que tanto te quiere y á quien has engañado malamente.

Le diré que tus protestas y juramentos de amor han sido falsos como los de una coqueta.

(Luisa deberá manifestar su sentimiento y deseo de interrumpir al Marqués, pero éste continuará como si no la viese.)

Que... le devuelves su palabra empeñada, porque despues de una noche de

profundas y estudiadas meditaciones, has comprendido lo que hasta ahora se había ocultado á tu penetracion; esto es, que su amor no puede darte la felicidad por tí apetecida, y que has formado, por consiguiente, la *inquebrantable* resolucion de buscar la dicha entre las cuatro paredes de una celda. ¿No es esto lo que debo manifestar á ese... desdichado?

LUISA. ¡Ay! abuelito; ¡qué cruél estás siendo con tu pobre nieta!

MARQUÉS. ¿No acabas de decirme que ya no le amas, y que casi, casi, le aborreces?

Me parece, sino he oido mal, que esto has dicho. ¿Quieres repetirmelo?

LUISA. (Sollozando.) ¡Ten compasion de mí!

MARQUÉS. Vamos, vamos; seca tus lágrimas, pues aún cuando nada te importe, no es cosa, de que Fernando te encuentre fea y llorosa.

(Con indiferencia.) ¿Te he dicho que va á venir?

LUISA. (Sin disimular su alegría.) ¿El?

(Abrazándo al Marqués.)

¡Ay! ¡Cuán bueno eres y cuánto te agradezco lo que por él haces!

MARQUÉS. (Ap.) Ya ha olvidado sus anteriores propósitos.

(Alto.) ¿Pues si tanto le amas, porque tratabas de engañarme?

LUISA. Es que... no puedo, no debo, contraer un enlace que tiene en contra la voluntad de mi madre. El cielo castigaría semejante union.

MARQUÉS. De eso ya hablaremos más despacio.

¡Ah! te advierto, que no me parece pru-

dente que Fernando y tú os veais en esta ocasion.

LUISA. ¿Qué mal hay en ello?

MARQUÉS. Tu pobre madre podría sorprenderos y...

LUISA. Es verdad.

MARQUÉS. Entra en tu cuarto y no salgas de él hasta que yo te llame.

LUISA. (Retirándose y ap.) ¡Y tantas cosas como tenía que decirle!

MARQUÉS. ¡Cuánto le ama, y cuán digna es de sér amada!

(Breve pausa.)

¡Y este Fernando, sin venir!
Entre tanto llega, corro á ver al Baron, que vive á pocos pasos de esta casa.
Es un hombre razonable y creo que no dejará de atender mis palabras.

(Váse por el fondo.)

ESCENA TERCERA.

JAVIERA.

(En actitud de profundo abatimiento.)

No puedo permanecer dos minutos seguidos en ninguna parte.

Esta intranquilidad que me atormenta, esta ansiedad que devora mi espíritu, serian capaces de acabar con mi existencia si un rayo de esperanza no viniese, de cuando en cuando, á disipar las tinieblas que me rodean y á dar fuerzas y aliento á mi pobre y atribulado corazon.

¡Qué noche de agonía he pasado! ¡Qué batalla tan terrible han librado en mi alma el amor maternal de una parte, el amor á Fernando por otra!

(Breve pausa.)

Pero es preciso que esto concluya. Sondearé su corazon y sabré de una vez si guarda algun recuerdo para mí, ó si debo perder toda esperanza. ¿Más como podré hacerlo? Ayer le arrojé de esta casa, y es demasiado altivo para volver á ella. Si yo le escribiese llamándole... Esto es, sí, no hay otra manera.

(Al volverse Javiera como con intencion de ir á su cuarto, vé á Fernando que al mismo tiempo aparece en la puerta del fondo.)

¿El aquí? Dios me le envia.

ESCENA CUARTA.

JAVIERA, FERNANDO.

FERNANDO. Señora... El Sr. Marqués, á quien nunca agradeceré bastante las distinciones con que me favorece, me ha dispensado, esta mañana, el obsequio de visitarme, y no habiéndome encontrado ha dejado su tarjeta manifestándome en ella el deseo de verme en ésta su casa. Por lo tanto, me permitirá usted que aguarde su regreso, perdonándome, al propio tiempo, si he traspasado los umbrales de esta casa despues de...

JAVIERA. (Sonriendo.) Lo ocurrido anoche. ¿No es esta la terminacion de la frase?

FERNANDO. Exactamente.

JAVIERA. ¿Me cree usted tan rencorosa, que no pueda perdonarle la única falta que le he visto cometer desde que le conozco?

FERNANDO. No esperaba, francamente, tan generoso recibimiento. Mi falta fué grande, y dispuesto estoy, por consiguiente, á sufrir la penitencia que se me quiera imponer, por dura que sea.

JAVIERA. Demos por terminado este asunto. ¿Qué hace usted que no se sienta?

FERNANDO. (Sentándose.) Señora...

JAVIERA. (Con coquetería.) ¿No recuerda usted ya como me llamo?

FERNANDO. Nunca lo he olvidado.

JAVIERA. Como jamás sus lábios pronuncian mi nombre...

FERNANDO. (Ap.) ¡Qué tormento! Hubiera preferido su cólera á esta bondad con que me obliga.

(Ligera pausa.)

JAVIERA. ¿Querrá usted creer, Monteblanco, que la lectura de su último drama me ha producido un insomnio terrible?
¡El sufrimiento de aquella pobre madre es espantoso! Dos años callando su amor, dos años creciendo, multiplicándose, cada dia, cada hora, cada instante; y aquél hombre sin comprenderlo, y aquella hija sin advertir la desesperada agonía de su madre.
Le aseguro á usted, que si yo conociese una mujer semejante, cultivaría su amistad con religioso respeto.

¿Ha tratado usted alguna que se la parezca?

FERNANDO. Señora... es un sér imaginario.

JAVIERA. No lo creo, porque recuerdo haber oido decir á usted, hace dos dias, en este mismo lugar, que el poeta no inventa, contentándose con reproducir únicamente.

FERNANDO. Es cierto: mas convendrá usted conmigo en que la imaginacion excitada por el sentimiento, puede llegar hasta describir lo imposible.

JAVIERA. Precisamente lo único que no hay exagerado en la obra de usted, es el sentimiento.

¿Sabe usted lo que es amar en análogas circunstancias á las de su protagonista? Amar de aquella manera es sufrir un tormento imposible de describir. No hay dolor físico comparable á ese dolor moral. Figúrese usted, por un instante, que su vida es un interminable y doloroso insomnio: que despues de revolverse en su lecho largas y lentas horas de la noche, logra usted, por último, que sus párpados se cierren á la fuerza del sueño y que una idea risueña invada su mente. Mas de pronto, y cuando vá usted á recrearse en su plácida idea, una punzada aguda en el corazon despiértale sobresaltado, calenturiento, jadeante de dolor y abrumado por el cansancio.

FERNANDO. (Con alguna turbacion.) ¿Y cree usted que puede existir una mujer que sienta con esa vehemencia?

JAVIERA. (Con exaltacion.) ¿Que si lo creo? Fernando...

FERNANDO. (Interrumpiendo á Javiera.) Silencio, por Dios, señora.

¡Las tres!

(Fernando se levanta de su asiento.)

Adios.

JAVIERA. ¿Qué sucede?

FERNANDO. Nada, nada.

(Fernando se precipita hacia la puerta fondo, pero anticipándose Javiera le cierra el paso.)

JAVIERA. *(Con viva emocion.)* No saldrá usted, Fernando. Usted lleva algun propósito funesto, lo conozco en su semblante, y yo quiero impedirlo.

FERNANDO. *(Con solemne energía.)* Señora: desde que ha sonado ese reloj mi honra anda por el lodo.

JAVIERA. ¡Ah! usted va á batirse, y no saldrá de aquí á no ser que se atreva á atropellarme bárbaramente.

FERNANDO. Mi honor lastimado podrá obligarme á faltar al respeto que la caballerosidad impone.
Déjeme usted marchar.

JAVIERA. Nunca.

(Fernando pretende apartar á Javiera á viva fuerza.)

FERNANDO. *(Forcejeando.)* Señora...

JAVIERA. *(Con voz desgarradora.)* Aquí, socorro.

ESCENA QUINTA.

DICHOS Y LUISA.

JAVIERA. Hija mia, ven á impedir conmigo que Fernando salga de aqui: vá á batirse.

LUISA. (Con espanto.) ¿A batirse has dicho? Eso no puede ser.

FERNANDO. (Ap.) ¡Qué suplicio!

LUISA. (Cogiéndose á Fernando.) No lo consentiré jamás. ¿Qué sería de mí si te perdiese?

FERNANDO. (Con brio.) ¿Y qué será de mí si pierdo la honra?

(Forcejeando con ambas señoras.)

LUISA. (Sollozàndo.) ¡Fernando!

FERNANDO. ¡Luisa querida!

JAVIERA. (Contemplándolos y aparte.) En el infierno, no puede haber mayores tormentos que estos míos.

LUISA. (A Fernando.) Nuestro amor es antes que todo.

FERNANDO. La honra es el más alto de los sentimientos.

(Javiera separa á Fernando y á Luisa reteniendo á ésta en sus brazos.)

JAVIERA. Es verdad: puede usted salir cuando guste, en busca de su honra.

(Fernando se precipita fuera del salon.)

(Ap.) Mis celos le arrojan y mi amor quisiera detenerle.

LUISA. (Con acento solemne.) Si Fernando sucumbe en ese duelo, no será á mi á quien Dios pida cuentas de semejante desgracia.

JAVIERA. (Entre sollozos.) ¡Y es mi hija quién lo dice!

LUISA. ¡Y es mi madre quién lo ha hecho! Acuérdate de que tuviste en tus manos mi felicidad y la rechazaste; que pudiste rodearte de séres dichosos y los has querido desgraciados.

JAVIERA. (Llena de terror.) ¡Calla, calla!

LUISA. Mi boca no pronunciará una palabra más que pueda lastimarte.
¡Qué Dios te perdone!
(Luisa penetra en su cuarto.)

ESCENA SEXTA.

JAVIERA.

(Despues de unos momentos de silencio.)

«Si Fernando sucumbe en ese duelo no será á mi á quien Dios pida cuentas de semejante desgracia.»

Esta terrible amenaza de mi hija, suena en mis oidos de una manera que me espanta.

Mas... ¿soy yo, por ventura, la causa de ese sangriento lance?

¿He dado yo, acaso, motivo á los insultos que le hayan podido provocar, cuando no conozco, siquiera, su orígen, ni al adversario de Fernando?

No, no; la responsabilidad de esa desgracia no puede alcanzarme. Pero de todos modos, ¡cuán funesta suerte es la mia!
(Breve pausa durante la cual manifestará Javiera su profunda preocupacion y su abatimiento.)
No sé que desear ni esperar.

ESCENA SÉTIMA.

JAVIERA, EL MARQUÉS.

(La primera sentada en un sillon.)

MARQUÉS. (Con estrañeza.) Todavía no ha venido Fer-

nando. ¡Bah! Entre tanto llega, arreglaré cuentas con mi hija que es lo más interesante por ahora.

(El Marqués adelanta unos pasos y descubre á Javiera.)

Aquí está.

(Contémplala unos instantes.)

Buenos dias, Javiera.

JAVIERA. (Queriendo disimular su pena.) ¿Estabas ahí, papá?

MARQUÉS. (Con solemnidad.) Contemplando tu dolor, y viendo correr una á una las lágrimas por tus megillas.

JAVIERA. (Sonriendo.) ¿Yo llorando? no lo creas.

MARQUÉS. Una de dos causas puede ocasionar tu llanto: la vergüenza ó el remordimiento.

JAVIERA. (Con dignidad.) Soy demasiado digna para caer en la primera, y bastante desgraciada para incurrir en la segunda.

MARQUÉS. No tus palabras, si no tus acciones, son las que pueden persuadirme de error; y como vengo resuelto á tratar contigo asunto tan grave, permitirás á tu honrado padre que te interrogue en estos momentos harto solemnes y decisivos para todos nosotros.
¿Estás dispuesta á escucharme?

JAVIERA. (Con desaliento.) Si señor.

MARQUÉS. Tú sabes lo mismo que yo, que tu hija ama á Fernando Monteblanco.

JAVIERA. Lo sé.

MARQUÉS. Tampoco debes ignorar que Monteblanco ama á Luisa.

JAVIERA. No tengo completa evidencia.

MARQUÉS. Pues yo sí; y considerándolos dignos al uno del otro, deseo saber si estás al cabo

decidida á dar tu consentimiento para su enlace.

JAVIERA. (Despues de vacilar unos instantes.) No.

MARQUÉS. ¿Podré saber el motivo?

JAVIERA. Porque presiento que mi hija no será feliz en su matrimonio.

MARQUÉS. (Con ironía marcada.) ¡Admirable prevision de una madre tierna y cariñosa!
¡Heroismo sublime de tu amor maternal!
Oigo, como si la estuviera escuchando de tus lábios, la reflexion que te haces en este momento.
«Mi hija, estás pensando, no puede ser dichosa casándose con Monteblanco, pero como las virtudes de éste merecen alguna recompensa, realizaré yo el sacrificio de darle mi mano; en vez de marido tendrá mi hija un padre cariñoso, y... todos ganamos en el cambio.
¿Es esto lo que piensas, Javiera?

JAVIERA. Señor...

MARQUÉS. (Con severidad.) Rompe de una vez el nudo de vergüenza que ata tu lengua, y confiesa, por último, tu locura ó tu egoismo.

JAVIERA. (Con resolucion.) Pues bien, sí; yo amo á Fernando de una manera que no se puede describir.

MARQUÉS. De igual manera le ama tu hija.

JAVIERA. A los quince años no se siente con ésta vehemencia. (Golpeándose el pecho.)

MARQUÉS. Sea como tu quieras; pero tus deberes de madre te obligan á renunciar á esa pasion insensata.

JAVIERA. ¿Y por qué se exije de mi tan grande sacrificio?

MARQUÉS. Porque la felicidad tu hija lo necesita.
(Javiera quiere interrumpir al Marqués.)
No me interrumpas; que és tu padre

quien te habla. Tu amas á Fernando inútilmente.

(Javiera pretende hablar.)

Inútilmente, sí, porque no serás nunca correspondida.
Mas supongamos, y es mucho suponer, que Monteblanco te amase, en vez de amar á tu hija, de igual manera que hoy ama á ésta, y demos por sentado tambien que Luisa, impresionada de las escelentes cualidades que adornan á Fernando, se atreviese á disputarte su amor. ¡Qué escándalo! ¡qué inmoralidad! ¡qué trastorno del buen sentido! ¡Una hija pretendiendo arrebatar á su madre su futuro marido!
¿No és ésto lo que tu dirías, lo que diría el mundo seguramente?
Pero voy más allá todavía.
Imaginémonos que Fernando dá al olvido sus juramentos y la palabra empeñada á tu hija, y que se resuelve, por último, á llevarte al altar.

(Con acento amenazador y solemne.)

Pues ten presente que si llegase este caso, tus galas nupciales trocaríanse inmediatamente en luto de muerte. Al dia siguiente de tus bodas, tu anciano padre velaría sólo y sin consuelo, el cadáver de su nieta querida, asesinada cruél y lentamente por su madre; y una voz amenazadora, la voz de la conciencia, gritaría implacable á tu oido: «Madre parricida, ¿que has hecho de tu hija?»

JAVIERA. (Entre ahogados sollozos.) ¡Dios mio! alumbrad mi inteligencia y arrancad de mi

corazon este amor que puede matar á mi hija.

MARQUÉS. Javiera, no lo dudes: no es buena madre la que no sabe sacrificar todas sus pasiones en aras de la felicidad de sus hijos.

JAVIERA. ¡Pero esto es condenarme á un eterno dolor!

MARQUÉS. No sería la maternidad sacerdocio sublime y siempre respetado, si no tuviese el dolor por compañero.
El amor de madre es el más grande y sublime de todos los amores.

(El Marqués contempla á su hija con emocion mientras ésta solloza en silencio y con la cabeza inclinada sobre el pecho.)

ESCENA OCTAVA.

DICHOS Y LUISA.

(Luisa manifestará al salir, en su actitud y en su semblante, la inquietud y la pena que deberá sentir por la suerte de Fernando, y sin apercibirse de la presencia de su abuelo y de su madre, dirá con acento fervoroso y suplicante sus primeras palabras.)

LUISA. ¡Dios poderoso, salvadle y tomad en cambio mi vida!

(Javiera al escuchar este lamento, levanta la cabeza como si saliese de un sueño.)

JAVIERA. ¿Quién llora por ahí?

MARQUÉS. (Al oido de Javiera.) Tu hija.

(Javiera se levanta y rápidamente se arroja hacia Luisa con los brazos abiertos).

JAVIERA. ¡Hija de mi alma! ¿Qué tienes? ¿Por qué lloras?

LUISA. Si Fernando no vuelve yo moriré tambien, madre mía.

JAVIERA. (Apretándola á su pecho.) Yo no quiero que tu mueras; no, no, eso no puede sér.
Papá, corre, vuela, trae á Fernando. Yo los bendigo como á mis hijos.

(El Marqués se dirige hacia el fondo.)

¿Qué importa mi vida, si ella se salva y es dichosa?

ESCENA NOVENA.

DICHOS Y FERNANDO.

MARQUÉS. (Viendo aparecer á Fernando.) Aquí está.
(Ap.) El Baron ha cumplido su palabra.

FERNANDO. Gracias, señor Marqués.

LUISA. (Corriendo hacia él.) ¡Fernando!

FERNANDO. ¡Mi amada Luisa!

JAVIERA. (Ap.) ¡Dadme fuerzas! ¡Dios mio! para sobrellevar con resignacion mi desgracia. (Alto.) Fernando, déme usted su mano.

(Javiera toma la mano de Fernando, que enlaza con la de Luisa.)

Tuya es, hija mia.

LUISA. ¡Madre de mi alma! que buena eres.

JAVIERA. (A Fernando con melancólica sonrisa.) El desenlace que usted buscaba para su drama lo he encontrado yo, ¿no es cierto?

(Fernando se inclina ante Javiera.)

MARQUÉS. (Acercándose á Javiera.) Tu accion es digna de una buena madre.

(En alta voz á Fernando y Luisa.)

Dentro de un mes, se celebrará vues-

tro enlace, y en el mismo dia, marchareis al extranjero, de donde no regresareis hasta que yo os llame.

(El Marqués fija su atencion en Javiera, quien se apoya fuertemente en el respaldo de un sillon, como si pretendiese evitar el caer al suelo.)

(Al oido de Javiera.) Animo, Javiera, sé digna de tí, hasta el último momento.

JAVIERA. (Entre sollozos.) Un torrente de lágrimas acude á mis ojos.

MARQUÉS. Llora sobre mi pecho, hija mia, pero sin que ellos lo vean. Tus lágrimas amargarían su dicha, y debemos dejarles disfrutar la felicidad que acabas de darles.

JAVIERA. ¡Padre!

MARQUÉS. ¿Vacilas?

JAVIERA. ¡No! Quien ha tenido valor para unir sus manos, tambien le tendrá para contemplarlos dichosos.

No es buena madre la que no sabe sacrificar bastardas pasiones en aras de la felicidad de sus hijos.

FIN DE LA OBRA.

